

ANTE LA LIBERTAD AMENAZADA

UN importante diario francés ha titulado su editorial «Los viejos demonios de España», como si fuésemos país sin remedio, proclive a través de los siglos a los golpes de Estado y a las conmociones nacionales. Nada es hoy más inexacto, pese al tremendo suceso del lunes, cuando un teniente coronel que debía estar vigiladísimo por todos los servicios de seguridad del Estado pudo apoderarse del Parlamento y del Gobierno con dos centenares de guardias, de los cuales sólo un grupo muy pequeño sabía de qué se trataba, porque los demás fueron llevados o arrastrados por la ciega disciplina que imponen las ordenanzas hechas hace siglo y medio por el duque de Ahumada, sobrino, por cierto, de aquel duque de Bailén que jamás en su larguísima vida militar se sumó a nada que le desviase del culto de las ordenanzas. El mundo se estremeció ayer con nuestra peripecia interna, sumándose con el corazón y la cabeza a la causa de nuestra democracia, como al parecer lo hicieron llamando por teléfono al Rey el Presidente francés y el Presidente norteamericano. ¡Qué lástima que esa conmovedora nota de las Comunidades Europeas declarándonos su amor no tenga vigencia cotidiana! Ahora, y tras el restablecimiento de la normalidad, darán comienzo las necesarias acciones judiciales. Tejero y los suyos estarán pronto en prisiones militares, y el general Miláns del Bosch ha sido arrestado y cesado en su mando. ¿Recuerdan ustedes que el primer Miláns del Bosch fue un íntimo de Prim, destacado siempre por sus ideas y sus generosas conductas liberales? Antes de condenar, hagámoslo con sumo cuidado, dejando que en su día se pronuncien los tribunales. Anteayer fueron la conducta del Rey y la prudencia del Ejército lo que salvó a las libertades. Nada sería ahora más necio que caer en antimilitarismos ingenuos y trasnochados. El Ejército es una grande e imprescindible ortopedia, que ha de quedar limpia de sospechas y de ruindades.

AHORA se trata de que todos aprendamos la tremenda lección, y contribuyamos desde nuestra vida civil a la defensa de la democracia. El pueblo está cansado de partidos chocando diariamente, de grupos innecesariamente enfrentados, de líderes obstinados en llevarse la contraria mientras este gran barco que se llama España navega a veces a la deriva, dejando solo al timonel mientras todos se pelean en la sala de máquinas. ¿Habremos aprendido ayer la dura lección de que en esta discusión los conejos —recordemos la fábula— fueron sorprendidos por los podencos, que estuvieron a punto de devorarlos? Hemos pasado por una tristísima aventura tercermundista, como pudiera suceder o ha sucedido en Liberia o en el Yemen, pongamos por caso, y nuestra democracia padeció en su limpia ejecutoria un gravísimo percance. ¿Qué hubiera sido de todos, si el Rey no hubiera asumido su altísima y delicada función de llevar con tino y tacto las riendas del Estado? La Monarquía ganó ayer ante la opinión pública puntos muy importantes, y no parece que desde Carlos III hasta hoy hayamos tenido los españoles un Soberano semejante. ¿Estamos seguros de merecerlo, mientras todos nos tiramos los trastos a la cabeza, olvidando que gústenos o no navegamos en el mismo barco? Sin el Rey Don Juan Carlos, ayer hubiéramos vuelto no solamente al siglo XIX, sino que hubiéramos hecho méritos para el manicomio de Ciempozuelos, pongamos por caso. «En cada esquina, cuatro mil poetas», exageró un día Quevedo. Luego, en cada esquina cuatro mil locos, contando por lo bajo.

Y sin embargo, ayer fue un día de prueba para las instituciones, para el Parlamento, para el Gobierno, para la democracia... La institución regia quedó por encima de todo, como apaciguadora de los pasionales incendios de nuestras almas. El Parlamento, secuestrado, no se tiró por las ventanas —¡ay, Señor, ni esa opción le dejaron!— y los ministros se portaron con coraje, comenzando por Suárez, que se opuso a cuerpo limpio a la coacción, y por el general Gutiérrez Mellado, que rehabilitó su valor demostrado. ¿Han aprendido los partidos y los políticos la lección tremenda del 23 de febrero, que prueba que para la defensa de la democracia y de la libertad todos hemos de ser solidarios? Casi sin excepciones, los políticos salieron de su

entrevista con el Rey llevando como miel en los labios, pero esas palabras habrán de ratificarse con las conductas inmediatas. Hoy Calvo-Sotelo se presenta a la investidura como presidente, y bueno sería que aprendida la lección lograra la mayoría absoluta, consiguiendo los pocos votos que antes le faltaron. Hemos de probar que ante los desafíos a la democracia somos solidarios, y que algo hemos aprendido de la gran locura del 23 de febrero, una fecha miliar en nuestra historia contemporánea. Terrible sería que de la enorme lección del lunes último no hubiéramos aprendido nada. Discutamos, pero conllevémosnos, que es lo que hace falta.

UN ilustre profesor de Historia ha comparado los sucesos del 23 de febrero con la entrada de Pavía en las Cortes, y lo cierto es que no se parecen en nada. Tejero interrumpió una votación normal, con plena paz en España, mientras Pavía se adueñó del Poder cuando éste se encontraba en la calle, y al día siguiente convocó a los políticos, que de común acuerdo nombraron presidente del Ejecutivo al inevitable general Serrano. Pavía logró el orden en la nación, mientras Tejero encabezó un «putsch» de lunáticos. Por eso puede decirse que lo sucedido el lunes nada guarda en común con el histórico suceso del 3 de enero de 1874, y exagerando algo podría decirse que ahora en nuestro Parlamento no ha entrado ningún Pavía, y solamente el caballo, sin descartar que aquel noble bruto acaso tuviese más sesera que los sublevados de hogaño. Lo que el lunes fracasó fue una estrategia de cafetería, digna de pasar negativamente a todos los manuales del arte. Los medios de comunicación ganaron a su modo una batalla. Los micrófonos de la SER pudieron más que doscientos guardias civiles, comprometidos, pero mal mandados. Con las «mass media» sueltas no hay golpe de Estado que gane.

AHORA, señores, tratemos todos de salir del bache, que a veces parece trampa de lobos tendida a la democracia. Habrá hoy —lo imposible no se repite dos veces— un Gobierno de Calvo-Sotelo, que sucede a la transición que ha llevado con difícil pero buen pulso Adolfo Suárez. ¿Pero de dónde ha salido la idea demencial de que en todo esto Suárez tenga la culpa de nada, a no ser que asumiese, y ni los tuvo ni los quiere, poderes dictatoriales? Vamos a entregar el Poder a un hombre cauto y frío, que tiene el mismo oficio que Sagasta y que Echegaray, ambos ingenieros de caminos; que toca al piano partituras de Beethoven y que con su telescopio contempla en los días claros las profundidades estelares. Es bueno tener un jefe de Gobierno con los oídos hechos a la música y los ojos al cielo, además de mirar con mucho cuidado el suelo que tiene delante. Hemos salido 37 millones de españoles de una aventura tremenda, y oportuno será que de ella saquemos las consecuencias naturales. ¿O vamos a esperar que en cada ocasión el Rey nos saque del pozo, sin poner nada por nuestra parte? Entiéndanse los partidos, sosiégense las ideologías, cálmense las huelgas, modérense las querellas y los enfrentamientos innecesarios. Nuestra democracia es todavía planta muy frágil, a la que no es posible tratar como a roble centenario. O aprendemos la lección del 23 de febrero o seremos pueblo sin remedio, navegando a la deriva guiado por los viejos «demonios de España». Así, ni recogeremos cosecha ni iremos colectivamente a ninguna parte. Lo que no aprendamos ahora tendremos dramáticamente que repetirlo mañana. Que la luz verde del sentido común se encienda para esta estremecida España.

J. R. A.